

VISIONES Y PRESENCIAS

JORGE MANRIQUE

(1440 - 1479)

Maestro, amigo mío:
ya se te fue la vida como un río,
ya llegaste a la mar.
Yo pronto he de llegar,
y espero que los dos nos encontremos
y que nos saludemos.
Dijo la de Lisieux que, en el cielo, la gente
nunca se mirará de un modo indiferente.

Y aunque no nos hablemos, ¿para qué?
Tu sabrás lo que digo, y yo sabré
lo que digas, y todo será bello.
¡Qué maravilla será aquello!
Nadie se acordará de su agonía
y tan sólo el amor estará en la memoria.
Iremos, qué alegría,
como Pablo afirmó, de gloria en gloria.

Tú, gran poeta, y yo que no soy nada,
cantaremos: «Yo existo
en la felicidad comunicada
del Señor Jesucristo.»

Oiremos una grande sinfonía...
Tú la conoces ya, y yo la espero,
la sueño con certeza. Yo quisiera,
—vaya, me gustaría—
que, al llegarme, la muerte me dijera
también: «Buen caballero»...

FRIEDRICH HÖLDERLIN

(1770 - 1843)

Torturado, porque entre el sueño y la vida
no hallabas el acorde que descubrir querías
y porque los olímpicos caballeros de Weimar
—tan tranquilos y sabios— querían evitar
que les turbaras su plácida estancia en nubes,
pusiste tu ideal de clásica belleza
en aquella Diotima que era Susette Gontard
e intentaste hacer de Hyperión.

Mas los hombres
de tu tropa se corrompían en el camino.
Te quedaba Diotima, y ella también se fue...
¿A quién volver los ojos?

No sabías, no sabías
que aún te esperaba el único amigo verdadero.
¡Qué lástima, Hyperión-Hölderlin! ¡Qué tristeza!
Así fuiste cayendo en la sombra del ánimo,
en la noche del ánima, toda melancolía,
que luego se hizo rabia y temblor y locura.
Cuarenta años así, hasta que un día
—nadie lo supo sino tú, Hyperión—
se te acercó la máxima cordura,
la más fraterna exaltación del alma
para irte acompañando hasta la verdad clara,
más pura que los sueños heroicos de tu mente;
tan constante, que en ella todo se vivifica
y se hace luz exacta para siempre.

CHARLES BAUDELAIRE

(1821 - 1867)

Carcomido de tedio, ebrio de frustraciones,
cuando el silencio arrastra tus pies en soledad,
el ocaso te lleva del brazo a los balcones
para oír los violines de toda la ciudad.

Las palabras se quedan al borde de tu boca
y en tus ojos destella la luz que va a morir.
De tu poesía —verdad o mentira— la loca
existencia se aferra negándose a partir.

La noche va llegando sin traer el reposo,
aún quedan resplandores en el arco imperial.
Melancólico vals, vértigo langoroso
del rumor de las calles en la tarde estival.

Un apócrifo coro de mujeres te canta
desde las avenidas del ancho cielo gris.
El último sollozo sale de tu garganta
y la primera estrella brilla sobre París.

Todo empieza a dormirse en un sopor supremo:
la catedral, el río, la campana, el calor,
la música del aire y la voz del blasfemo.
Desde la estrella baja Cristo Nuestro Señor.

Apoyas la cabeza en el pecho enemigo
de tu madre, levantas la mano hacia la luz,
que aún entra por el pálido entorno del postigo
y proyecta en tu cara la sombra de una cruz.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

(1836 - 1870)

Un espejo manchado de años
recoge las últimas dormidas canciones
y al visillo de los desengaños
lo mueven las sombras de los gorriones.

Un ladrillo gastado en Veruela
condensa el tranquilo pasar de los gatos
encerrados en una acuarela
entre un misterioso crujir de zapatos.

Han brotado felices claveles
sobre las pedrizas de los eriales.
Ya no ladran los ciegos lebreles
a los campanarios de las catedrales.

No es tu sombra: es tu luz solitaria
la que se pasea entre muros de boj
en la tarde consuetudinaria
que lima el seguro compás del reloj.

Las antiguas ciudades te miran
en las atalayas de sus espejismos,
y aun por ti las mujeres suspiran
cuando las albercas se vuelven abismos.

Vienen siempre con la primavera
las inundaciones de melancolía,
si al final de la noche te espera
la desconsolada flor sin compañía.

Aunque todo parece morir
como los perfumes de las bergamotas,
todo vuelve a brotar y existir:
suspiros y risas, colores y notas.

Ha corrido cien años la cuenta
y el alma que espera tu cuerpo dormido
desde mil ochocientos setenta,
ve como un instante lo que ha sucedido,

porque ya, como a Lázaro, el ave
de la luz que vence al dolor más oscuro
te despierta con vuelo súave
a la vida eterna del mundo futuro.

PAUL VERLAINE

(1844 - 1896)

Del café al hospital,
del hospital a casa
de una mujer venal.
Así la vida pasa.

La úlcera por dentro
y la llaga por fuera
dilatan el encuentro
con la otra primavera,

que brotará más tarde
hecha dolor de aurora
en la sangre que arde
y el corazón que llora.

«Me arrepiento, Dios mío»
decías de verdad
al borde del vacío
de la sensualidad.

Sajaron el absceso
sin anestesia ni
el buen calor del beso
que guardaba Eugenie.

Naturaleza muerta,
hambre, frío, alcohol,
enfermedad, reyerta,
enemistad del sol.

Se oye por la ventana
—cielo azul, dura reja—
el son de la campana.
El pájaro se queja.

Con cuidadoso intento
San Francisco de Asís
vigila el trote lento
del ratoncillo gris.

Paso por el infierno
y retorno a la vida.
Temporada en lo eterno
apenas presentida.

Violines recordados
en la embriaguez distante...
El sueño ha terminado.
¡Despierta, caminante,

que al final de tu historia,
la pobreza impaciente
te conduce a la gloria
inevitablemente!

DYLAN THOMAS

(1914 - 1953)

¡Qué tajada!

 Como ésa
no vi otra nunca jamás.
La gran tajada galesa
con la que vienes y vas...
¡Hijo de la Gran Bretaña!
¡Qué castaña,
Dylan Thomas!
¡Qué borrachera te tomas,
qué borrachera te das!
Después de desayunar
cigarrillos con cerveza
junto al río, recitar
Hamlet a gritos.

 Ya empieza,
como si no hiciera nada
de particular,
a coger la otra tajada.
¡Qué manera de tragar
y de hacer buena poesía!
Hasta que le llegó el día
de ir al país celestial
desde un baño de hospital.
«Ya dije que el dominio de la muerte
terminará de una vez para siempre.
Ya no necesito beber,
ahora me basta con ver.
¡Ya no estoy con el Fénix debajo de una piedra,
tan sólo en apariencia sepultado!»
Donde se asoma el paisaje
de Gales, en los confines
de páramo y oleaje,
ángeles y serafines
del Dios bueno,
iniciad vuestros maitines
que Dylan sube, sereno.

JOSE MARIA SOUVIRON

Colegio Mayor Guadalupe
Ciudad Universitaria.—MADRID-3